

SOCIEDADES DE NATURALISTAS LA CIENCIA DECIMONONICA EN COLOMBIA *

por

Olga Restrepo Forero**

Resumen

Sociedades de naturalistas – La ciencia decimonónica en Colombia. Rev. Acad. Colomb. Cienc. 18 (68): 53-64. 1991. ISSN 0370-3908.

Se presenta una relación de las sociedades científicas existentes durante el siglo XIX y comienzos del XX, se hacen comentarios acerca de las características de cada comunidad, de sus realizaciones, del comportamiento de los científicos y del papel social por ellos desempeñado.

Abstract

A review of the tasks carried out by the scientific societies of Colombia during the XIX Century is made. The role of their members is also discussed.

Introducción

El presente artículo busca ofrecer con algún detalle, una imagen de las diferentes sociedades que agruparon a los naturalistas y de los proyectos que no llegaron a realizarse, a lo largo del siglo diecinueve y las primeras décadas del veinte. El estudio de las sociedades científicas reviste enorme interés para la historia y la sociología de las ciencias; permite conocer las características de las comunidades científicas: sus criterios de admisión y sus sistemas de evaluación y recompensas; el grado en que se

perfila el papel social de los científicos y los contenidos de esa definición; los valores y normas que rigen el comportamiento de los científicos y las imágenes de ciencia que proyectan como expresión de tales valores y de su intento por legitimar su actividad; el tamaño de la comunidad y su cohesión; su autonomía o dependencia de otras instituciones y, por último, su poder para realizar sus fines.

Las asociaciones que aquí se presentan revelan, una y otra vez, los límites de la actividad científica en Colombia durante el período considerado: escaso control y regulación normativa de la actividad de los miembros; tamaño reducido; evaluaciones generalmente particularistas del desempeño y el logro; mínima diferenciación de los patrones de sociabilidad de otras esferas institucionales; imagen de la ciencia que se ajusta difícilmente a una ideología científicista, como se percibe en la historia tan poco distanciada y acrítica que escriben; y, como una característica demasiado protuberante,

* ——— El presente escrito es una versión ligeramente revisada de los apartes sobre las asociaciones científicas del siglo diecinueve y comienzos del veinte, del trabajo "La Historia Natural en Colombia, 1783–1986", Bogotá, 1990, desarrollado dentro del Proyecto de Historia de las Ciencias en Colombia, con el auspicio de COLCIENCIAS.

** Socióloga, Profesora Departamento de Biología, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá.

baja autonomía y reducido poder para alcanzar sus fines. Conocer la pequeña dimensión de la actividad científica en el pasado y establecer las barreras internas y externas que frenaban su acción, acaso sirva para identificar el origen de ciertos patrones de evaluación, comportamiento y organización que aún hoy abundan en el medio científico colombiano.

Primeras asociaciones: letrados, políticos y sabios

El primer ensayo, posterior a la Independencia, de aglutinar a las élites colombianas en torno a unos ideales comunes, fue la Academia Nacional de Colombia, creada con el fin de "establecer, fomentar y propugnar en toda Colombia el conocimiento y perfección de las artes, de las letras, de las ciencias naturales y exactas, de la moral y de la política"¹. De conformidad con lo inespecífico de sus fines, la Academia fue conformada, como los calificaba José Manuel Restrepo, "por los hombres de letras que más brillaban a la sazón en Bogotá y en sus alrededores"². Y, efectivamente, repasar la lista de los 21 miembros que nombró el vicepresidente Santander, es conocer parte de los más altos funcionarios de su administración: secretarios de estado, ministros plenipotenciarios, ministros de la alta corte, senadores y catedráticos. Notables que circularon, a lo largo de varios años, por los altos cargos públicos, y que no se distinguieron, acaso sólo con la excepción del historiador José Manuel Restrepo por parte de los miembros colombianos, por sus realizaciones intelectuales. Figuras como Vicente Azuero, Estanislao Vergara, Jerónimo Torres, Santiago Arroyo, Pedro Fernández Madrid, Francisco Soto, abogados, publicistas y literatos que llenaron la escena política de segunda plana al menos hasta los años sesenta, fueron elegidos en primera instancia para completar el número de los delegados por Colombia en esa academia de la Gran Colombia. Otros de sus miembros, representaban la generación de los forjadores de la independencia, como José Félix Restrepo, Pedro Gual y José María del Castillo que participaron en la elaboración de las primeras constituciones políticas y detentaron altos cargos, durante los primeros años de la Independencia.

La publicación, en la *Gaceta de Colombia*, del nombramiento realizado por Santander, revela un

1. Soriano Lleras, 1971: 14.

2. Restrepo, J.M., 1974: V. 5. p. 299; Restrepo, O., 1983: 17.

3. Los demás nominados fueron: José R. Revenga, secretario de relaciones exteriores; José María Salazar, ministro de la alta corte y ministro plenipotenciario en los Estados Unidos; Francisco Xavier Yanes, ministro de la corte de justicia de Venezuela; Cristóbal Mendoza, intendente de Venezuela; Joaquín Olmedo, ministro del Perú en Londres; Diego Francisco Padilla, agustino calzado; el canónigo magistral, Marino de Talavera; el arcediano de Cartagena, Manuel Benito Rebollo; Santiago Arroyo, ministro de justicia del Cauca. *Gaceta de Colombia (Bogotá)*, Nov., 19, 1826.

orden que sigue las jerarquías burocráticas, de los cargos que desempeñaban los delegados, y los rangos eclesiásticos y civiles de una sociedad clerical; así, los dos últimos de la lista eran, en su orden, Andrés Bello, que se desempeñaba como secretario de la legación en Londres, y Francisco Soto, catedrático de economía política en el colegio de San Bartolomé³.

La constitución de la Academia Nacional y sus fines manifiestos servían a las élites colombianas en un doble propósito: como programa de reformas y distanciamiento del "oscurantismo" que asociaban con el régimen colonial y como legitimación de su posición social preeminente: en los primeros años de la Independencia, la élite justificaba su acceso al poder como una consecuencia natural que derivaba precisamente de su saber. Su carácter de letrados, en una sociedad predominantemente analfabeta, sus títulos de doctor y sus aires de eruditos les daban las credenciales que confirmaban su derecho al poder. Este sentido simbólico de la Academia, explica que en una asociación cuyos fines manifiestos perseguían el desarrollo de las artes y las ciencias, sus principales integrantes fueran en su mayoría personalidades políticas de escasa contribución a esos fines. Así, la segunda opción en los nombramientos para la Academia correspondió a figuras más vinculadas con actividades científicas y docentes, que sin reconocer las peculiares características de esta asociación, se hubiera esperado ocuparan el primer lugar. Después del retiro del sacerdote Padilla fue nombrado Benedicto Domínguez y, en 1832, cuando se escogieron los sustitutos de los miembros ecuatorianos y venezolanos, ingresaron Joaquín Acosta, Lino de Pombo, Juan María Céspedes, y José María Triana; se incluyeron entonces los pocos hombres de ciencia de la Colombia de la década de 1830.

La Academia Nacional sólo tuvo el sentido simbólico ya anotado; fue ciertamente el primer esfuerzo republicano por aglutinar a la élite en torno a unos ideales relacionados con el saber. No obstante, de ella sólo quedó el recuerdo de su constitución formal, puesto que las prioridades de los tiempos que corrían, y las múltiples ocupaciones tan alejadas de esos asuntos de la mayoría de sus miembros, no permitían dedicar atención a las tareas de la Academia.

El Instituto de Ciencias Naturales, Físicas y Matemáticas

La Academia Nacional fue parte del Plan trazado por Santander para la organización de la educación pública. Los alcances de esta reforma fueron limitados por las resistencias de diferentes grupos sociales y de las provincias, excluidas de la posibilidad de otorgar títulos académicos, y por el carácter poco realista de sus programas. Dentro de la tradición borbónica, se siguieron produciendo nuevos planes generales de educación pública: el famoso Plan de Ospina, de 1842, que sufrió una serie de re-

formas y también generó resistencias y oposición. El 14 de septiembre de 1847, se dictó un nuevo decreto que modificó el régimen académico de las universidades. Entre otras cosas, ordenaba la creación de un Instituto de Ciencias Naturales, Físicas y Matemáticas que velara por la "enseñanza, la propagación y la aplicación" de las ciencias en La Nueva Granada. Sus miembros deberían ser los catedráticos de estas áreas en cada una de las tres secciones que compondrían el Instituto: Bogotá, como sede principal y Cartagena y Popayán, como satélites. El director sería el punto de contacto y centro de intercambio de informaciones, con el fin de que "la enseñanza de éstas sea uniforme en sus principios y adecuada en su aplicación a las necesidades y circunstancias de los lugares".

El intento de crear un órgano de racionalización de las políticas de enseñanza de materias de ciencia y técnica, armonizaba con el giro que imprimió Mosquera a todos los asuntos de su administración: como el fomento de las obras públicas que colocó el énfasis sobre la aplicación de los saberes y generó una demanda, todavía modesta, de ingenieros.

El mundo de ficción que brotaba de tantos decretos y leyes, estipulaba que al cuidado del Instituto de Ciencias Naturales quedarían "el observatorio astronómico, el gabinete de historia natural, el jardín de plantas, el laboratorio químico y el Museo existentes en Bogotá"; por otra parte, el decreto disponía: "los directores del Instituto en Cartagena y Popayán cuidan de los establecimientos de este género que haya en aquellas ciudades". Conviene precisar que en Bogotá no había algo que mereciera llamarse jardín botánico y ni qué decir de las otras ciudades que, salvo por el laboratorio químico de Popayán, no tenían una sola de las instalaciones mencionadas⁴.

El químico danés Bernard Lewy, que trabajaba en Bogotá en el análisis y clasificación de muestras mineralógicas del Museo de Ciencias Naturales creado por Santander, fue nombrado director del Instituto, pero no llegó a ejercer sus funciones. De acuerdo con Frank Safford, la antipatía que había despertado el danés entre los círculos académicos

de Bogotá contribuyó a frustrar este proyecto de modernización de la enseñanza de las ciencias; a esto se añadían, de acuerdo con este autor, las dificultades que surgían, cuando se contrataban extranjeros, para armonizar sus demandas por mejores condiciones de funcionamiento, a las que estaban acostumbrados, con las limitaciones y las posibilidades de la Nueva Granada⁵. No obstante y ser ciertas las anteriores razones, conocemos tantos ejemplos de reformas apenas consignadas en el papel, como para dar valor explicativo, en este caso, a la ineficacia de Lewy como director. La parálisis del Instituto se debe principalmente a que éste no reunía las condiciones mínimas para su funcionamiento.

Los múltiples proyectos del medio siglo

Cada nueva administración, y más si implicaba un cambio de sector político en el gobierno, tenía sus propios proyectos y definía sus prioridades en la educación pública y también en relación con las sociedades de sabios y literatos. La oposición al Colegio Militar, fundado por Mosquera, y la negación del apoyo a los proyectos que venían del "antiguo régimen" obligó a los liberales a definir otra opción; esta fue la del Conservatorio Nacional de Ciencias y Artes, sobre la base de un proyecto⁶ presentado por Pastor Ospina en 1855. En este Conservatorio, que era, como el Colegio Militar, un centro de formación técnica superior, se formarían "ingenieros i arquitectos civiles, ingenieros jeógrafos, ingenieros de minas, y naturalistas, cuyos conocimientos se apliquen a las artes industriales". La idea del Conservatorio, que venía a suplantar al Colegio Militar, pretendía ser más orgánica que éste; incluía, como la Academia de Ciencias, la idea de conformar a su alrededor una comunidad de sabios y técnicos. El Conservatorio buscaba centralizar en un mismo cuerpo "las bibliotecas, el Museo, los Gabinetes de historia natural i de los instrumentos, aparatos i máquinas pertenecientes al Estado, i los que en adelante se adquieran por cuenta de él. Le pertenecen igualmente los edificios de esta ciudad conocidos con los nombres de Aulas, Salón de grados, Colegio Militar y Observatorio Astronómico con el solar en que este se halla"⁷. Un mal cambio, en verdad, sustituir un centro como el Colegio Militar que ya había dado sus primeros frutos, por un proyecto, por más completo que éste fuera.

Uno tras otro se fueron acumulando diferentes planes que subrayaban la importancia de fomentar las ciencias y de orientar a las nuevas generaciones hacia los estudios técnicos, entre los que la ingeniería ocupaba el primer lugar⁸. En este clima de buenas intenciones hay aún espacio para dos: El Liceo Granadino y la Academia Nacional. El primero se creó en 1856, con secciones de literatura, ciencias morales y políticas, ciencias físicas y naturales, estudios industriales, música, pintura, grabado, escultura y arquitectura, y declamación. El Liceo publicó una colección de sus trabajos, fundamentalmente literarios e históricos, y promovió la realización de actos públicos en fechas patrias⁹. La

4. Codificación Nacional, V. 12, 415.

5. Safford, 1926: 127-129.

6. Restrepo, O. 1983: 43-46.

7. Ospina, P., 1855: 55.

8. El Secretario de Gobierno de 1856, Cerbeleón Pinzón, solicitó el estudio del proyecto de Ospina; otro tanto hizo su sucesor, José María Ortega, en 1857; y también M. A. Sanclemente, en 1858. La fiebre alcanzaba a los jóvenes: Luis Segundo de Silvestre publicó el suyo en 1858.

9. Liceo Granadino. Colección de los trabajos de este instituto. Tomo I. Bogotá. Imp. de Ortíz y Cía., 1856; Reglamento del Liceo Granadino, 1856. Planfleto del Fondo Pineda, Biblioteca Nacional de Colombia. (A. bibliografía).

Academia Nacional se superpuso al proyecto del Liceo un año más tarde; sus objetivos establecían que la Academia "consagrará sus esfuerzos a la propagación i desarrollo de las ciencias, bellas artes, literatura, trabajos industriales, i muy especialmente a la creación de nuestra Historia i estudio de la lengua nacional". De hecho la Academia se dedicó al cumplimiento de estos dos últimos objetivos. Sus doce miembros, escogidos entre los del Liceo, con sentido honorífico, incluían a Agustín Codazzi, Manuel Ancízar, Lino de Pombo, José Manuel Restrepo y Antonio Vargas Reyes¹⁰.

Sociedad de Naturalistas: el pequeño salón neogranadino

La Sociedad de Naturalistas Neogranadinos surgió como producto del ambiente de investigación y el fermento cultural, que implantó la Comisión Corográfica (1850—1859). En sentido formal la SNN fue la primera sociedad de carácter científico que se creó en el país. En relación con las asociaciones que la precedieron —salvo el caso del Instituto de Ciencias Naturales Físicas y Matemáticas que de todas formas no llegó a funcionar—, como la Academia Nacional y el Liceo Granadino, la organización de la SNN fue novedosa en dos aspectos fundamentales:

En primer lugar, los objetivos de la SNN estaban claramente delimitados: "la propagación el adelanto de las ciencias naturales en jeneral, i particularmente de la Confederación Granadina". Las sociedades antecesoras mencionaban entre sus fines el estudio y difusión de las ciencias, pero éstas no constituían su preocupación única ni central.

En segundo, de acuerdo con sus metas, la SNN fue más selectiva en cuanto a sus miembros, que ya no se escogían por sus cualidades literarias o posición política sino con criterios más cercanos a la vocación naturalística de la Sociedad: para ser miembro honorario se requería "que la persona postulada haya publicado algún trabajo notable sobre cualesquiera de los ramos de la Historia Natural". Los socios de número deberían, a su turno, "presentar a la sociedad una colección de cien especies de cualesquiera de los tres reinos de la naturaleza, colectados por el candidato i acompañados de una memoria conteniendo su descripción i clasificación". Finalmente, la posición de socio correspondiente se alcanzaría con "cien especies de cualesquiera de los tres reinos de la naturaleza, colectados por el candidato"¹¹.

Los fundadores de la SNN nombraron más de 30 socios honorarios extranjeros, entre quienes se incluían algunos que habían estado en la Nueva Granada, como Boussingault, H. Karsten, J. Linden, al lado de otros científicos menos conocidos en el país, como los químicos F. Wöhler y A.W. von Hofmann o el físico Luigi Palmieri.

Los socios de número eran en su mayoría profesores y estudiantes de ciencias naturales; el único político miembro de la sociedad era Tomás Cipriano de Mosquera, aunque la excusa para su inclusión debió ser su *Memoria geográfica*¹² y no directamente su cercanía con Ezequiel Uricochea ni aún la gestión positiva que había desarrollado en favor de la enseñanza de las ciencias, como Presidente de la República (1845—1849).

La SNN quedó constituía, en junio de 1859, sobre lo que había sido la Sociedad Caldas, fundada desde 1855 por un grupo de alumnos de Francisco Bayón y Liborio Zerda¹³. La presidió el mismo Uricochea; Liborio Zerda fue su Tesorero y Juan Manuel Aguilar, el secretario. Se crearon diferentes comisiones, que sugerían un intento de especialización de sus miembros:

Geología y Aracnología: Ezequiel Uricochea.
 Mineralogía: Ezequiel Uricochea y Liborio Zerda.
 Fanerogamia: Francisco Bayón y Margario Quintero.
 Paleontología: Alejandro Lindig.
 Espeleología: Juan Manuel Aguilar.
 Criptogamia: Juan Manuel Aguilar y Alejandro Lindig.
 Labiadas: Daniel Rodríguez.
 Solanáceas: Florentino Vezga.
 Ornitología: Genaro Valderrama.
 Conchiliología: Daniel Carrol.
 Coleopterología: Agustín M. Hinestroza.
 Dipterología e Himenopterología: Timoteo Ricaurte.

El número y la variedad de las comisiones no debe llevar a engaños: en el país no había aún suficientes naturalistas para secciones tan diferenciadas como éstas, que en Europa eran comunes en los Museos. La división en tantas secciones parece encaminada a distribuir cargos entre los socios activos más entusiastas, más que a cubrir necesidades surgidas del conocimiento acumulado en esas especialidades. Entre los socios que figuran en estos cargos, solamente Francisco Bayón, Genaro Valderrama y, tangencialmente, Florentino Vezga, dejaron alguna obra relacionada con nuestro objeto. Ezequiel Uricochea y Liborio Zerda se dedicaron a la mineralogía y la química, aunque el interés primordial del primero fue la lingüística.

Tomando en cuenta que no había el número de naturalistas para animar reuniones y secciones, y asegurar vida estable y comunicaciones productivas a una sociedad de carácter científico, se puede

10. Liceo Granadino. *El Porvenir* (Bogotá), Feb., 24, 1857.

11. Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, 1859.

12. Mosquera, 1852.

13. La anécdota cuenta que la idea de la SNN surgió después de una excursión a Monserrate en compañía de Ezequiel Uricochea y sus alumnos de geología y mineralogía.

decir que la SNN expresaba, más bien, la necesidad de sociabilidad de Salón y la tendencia, de una pequeña élite, a crear círculos cerrados, cuyos mayores símbolos de estatus eran sus pretensiones de controlar determinados contactos con el mundo de los sabios europeos. La SNN, como sus predecesoras, fue producto de la reunión de amigos con aficiones comunes y de tertulias que reportaban beneficios sociales, en términos de estatus. De igual modo y con similar sentido, las élites fundaron incontables periódicos, que gracias a la capacidad de influencia sobre el escaso público lector que se les atribuía, la visibilidad que daba a sus editores y la tradición retórica del país, validaban la posición social del dueño y director, aunque no llegaran el segundo o tercer número. Como "el mayor flagelo" calificó Rafael Uribe Uribe esta manía nacional: "es una viciosa floración de publicaciones literarias por todas partes, como una maleza nacional. Y a eso llaman 'renacimiento de la prensa'. Mal sabe leer y escribir la bulliciosa turba estudiantil, y ya piensa que el noble arte no tiene mejor empleo que fabricar cuartetos. ¡Y a fundar periódicos!"¹⁴.

Característica de estas sociedades del siglo diecinueve y de tantas otras del veinte, es su tendencia a la prematura formalización, cuando aún no se han consolidado vínculos estables que resulten de su funcionamiento previo como grupos informales: estatutos, división de funciones, cargos de presidente, vicepresidente, secretario y tesorero, eran el primer objetivo y la meta de los socios; las posiciones generalmente no exigían convalidación en la calidad del desempeño y el logro. El título que confería la pertenencia al grupo era suficiente: acreditaba que su portador era experto naturalista, una nueva cualidad que se sumaba a las características adscritas del individuo, exactamente como sus antecederentes familiares y su posición social como miembro de la élite.

Pertenecer a las academias y figurar en cargos directivos, eran principalmente mecanismos para alcanzar visibilidad social, medios de ajuste al estilo de vida de los altos círculos sociales bogotanos, y no caminos de acceso a una comunidad con normas de excelencia y desempeño, cuyo cumplimiento puede llegar a conferir prestigio. Por el contrario, buen número de los miembros de la SNN exhibieron este estatus como un adorno, sin llegar a presentar un desempeño correspondiente, precisamente porque la actividad misma de la ciencia no era valorada socialmente.

El boletín de los naturalistas y la imagen del científico

La SNN publicó dos números de su boletín llamado. *Contribuciones de Colombia a las ciencias*

14. Uribe Uribe, 1974: 59.

15. *Contribuciones*. 1860. p. IV.

16. Ver Vezga, 1860: 243-263.

17. Vezga. 1860: 206.

y a las artes. Con éste pretendían "unir a la Europa científica a la América, por medio de esos vínculos estrechos del pensamiento comunicado". Se proclamaban continuadores de una tradición que pretendían enriquecer: "Trataremos de ver si después de medio siglo podemos continuar ese brillante "Semanao" con el cual eternizó Caldas su memoria"¹⁵. Pero el esfuerzo daría escasos frutos: sólo dos números, medio siglo después del *Semanao*, hacen pensar que la vida intelectual de la República, en sus primeros cincuenta años, era más estrecha que la colonial, cuando Caldas había sostenido con éxito su famosa publicación. En los años de 1860 parecía que se hubieran contraído, lectores y suscriptores, el auditorio para este tipo de publicaciones y la capacidad para financiarlas.

Pero el *Semanao* cumplió unas funciones políticas, de vinculación entre el saber y el poder, que su heredero del siglo diecinueve, el *Boletín de la Sociedad de Naturalistas* no estaba en condiciones de igualar.

En el primer año se publicó la *Memoria sobre la historia del estudio de la botánica en la Nueva Granada*, de Florentino Vezga. Con esta obra, el médico y abogado santafereño se convirtió en el primer historiador de las ciencias en Colombia. La primera parte de la *Memoria*, estaba dedicada a la botánica indígena, se proponía atraer la atención de naturalistas hacia los conocimientos terapéuticos de los indígenas; discutía en detalle las propiedades antiofídicas del guaco, las diferentes concepciones y experimentos realizado por Matis, Vargas y Mutis, en tiempos de la Expedición Botánica, y las características del veneno conocido como curare. Aplicaba Vezga a las prácticas médicas tradicionales, el criterio que había orientado la indagación de la Comisión Corográfica: búsqueda del saber y creencias y costumbres del pueblo.

La segunda parte, examinaba la historia de la Expedición Botánica. En ediciones posteriores se incluyó, como tercera parte, un artículo periodístico sobre el progreso del estudio de la botánica desde 1816 hasta 1859¹⁶.

La obra de Vezga cumplía la función de contribuir a la difusión de valores y normas de la ciencia y, probablemente, buscaba generar sentimientos de comunidad en un grupo todavía pequeño y disperso de hombres de saber. Ante sus contemporáneos la obra de Vezga cumplía la función de definir y justificar el papel del científico. En este esfuerzo por legitimar el papel del saber, Vezga se sintió obligado a mostrar que la ciencia tenía tradición de logros en el país. En su obra cobraron forma los temas, posteriormente reiterados, que sacralizaban la Expedición Botánica; en particular aquel de su relación con la Independencia: "Los hombres iluminados por Mutis y la Expedición no pudieron soportar por más tiempo el pesado yugo de la monarquía española"¹⁷.

La intención de legitimar las actividades de su grupo, el que se congregó en la SNN, explica la actitud crítica y poco distanciada en la obra de Vezga. Esta primera historia de las ciencias en Colombia ilumina los valores y las imágenes de ciencia que compartían las élites ilustradas colombianas promediando el siglo diecinueve. Estos problemas fueron examinados en una conferencia dictada en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional en 1989. Véamos algunos ejemplares:

Los sabios de la Expedición eran discípulos aventajados y, más tarde, catedráticos titulares, como sólo podían serlo quienes gozaban del privilegio de asistir a las universidades conventuales probando su limpieza de sangre y su total desvinculación con los oficios indignos, es decir, manuales: los miembros de la élite criolla; sus herederos debían ser igualmente, profesores de las universidades republicanas. Francisco Javier Matiz, el "mejor pintor de plantas del mundo", al decir de Humboldt, sólo fue eso: un pintor, un artesano, un mestizo, que no obstante y ser "el débil hilo de la tradición", jamás fue titular de la cátedra de botánica; sólo llegó a ser el suplente de otro botánico aficionado como él, Juan María Céspedes, que tenía lo que a él le faltaba: era doctor en teología y otras ciencias. Vezga no ve esto, sencillamente porque es "natural", no lo nota por ser tan cotidiano: el estatus de profesor continúa simbolizando el mismo alejamiento de lo manual. Una traba, ciertamente, para el desarrollo de la ciencia.

Otras imágenes eran la erudición y el carácter reservado y esotérico de los saberes, características que insistentemente se señalan como cualidades de Mutis y de sus discípulos. La mirada de Vezga no busca los límites del saber, sino que registra complaciente un conocimiento general y escasamente definido. La ideología de Vezga no se parece a la que asociamos con la ciencia del siglo XIX. La ciencia avanza sobre la "especificación de la ignorancia", es decir sobre la delimitación, gracias a lo recorrido, de los acertijos y los vacíos; no se petrifica en el pasado, crea nuevos caminos. Y, por supuesto, la ideología de la ciencia rehúye los misterios, censura el ocultamiento y elogia la capacidad de comunicar los hallazgos.

La ideología de Vezga es otra; la de un miembro de la élite literaria y política, como se ve por la mayor virtud que encuentra en los hombres de la Expedición Botánica: su renuncia a la actividad científica en "aras de la patria". Así, a posteriori la ciencia parece legitimizar el orden político, cuando en realidad es el orden político (la participación final en la revolución de Independencia, vista teleológicamente), lo importante y legítimo: la ciencia

se justifica en tanto sirve a ese fin. Del mismo modo que interpretaba Vezga la actividad de los científicos-patriotas juzgaría la suya propia: la afición a la ciencia era un buen camino para ingresar a la política, un excelente medio de distinción y ascenso social, una de las virtudes que debían engalanar a los "hombres cultos y bien nacidos": la otra era, según Rufino José Cuervo, el manejo del idioma, el buen hablar.

Florentino Vezga fue el primer Rector de la Escuela de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional y profesor sustituto de las asignaturas de zoología elemental, cristalografía y mineralogía; en la Facultad de Medicina dictó cátedras de fisiología y patología general; igualmente, impartió clases de derecho en la Escuela de Jurisprudencia. Vezga había realizado estudios de literatura, filosofía y derecho en los Colegios de San Bartolomé y el Rosario; era, pues, un abogado con aficiones de naturalista. Su carrera posterior se desarrolló alrededor de la actividad política, que lo llevó a ocupar altos cargos públicos, y en el periodismo, en la redacción del *Diario de Cundinamarca*. No interesa destacar los detalles de la vida de este personaje, sino presentarlo como típico de su grupo social. El de Vezga era un patrón de carrera frecuente durante el siglo XIX, en Colombia: profesión de abogado, médico o ingeniero; aficiones de naturalista, matemático o astrónomo durante la juventud y, en la madurez, el tránsito a las altas cimas de la política, el periodismo o las letras.

La ciencia diletante de profesores y sabios de la Nueva Granada ciertamente se convirtió en poder, como decía Francis Bacon, pero en el poder de los políticos literatos. De otro modo, ¿cómo explicar el hecho de que después de unos cuantos logros estos naturalistas y sabios se "fugaran" hacia la política? Después de tantas luchas y sufrimientos padecidos al servicio de la ciencia su justo premio era el reconocimiento y la visibilidad que les representaba la vida pública. Se sacrificaban al comienzo de sus carreras, y también al final, dejando a un lado el "placer" del conocimiento por el "deber" de servir a sus conciudadanos. Eso es cierto aún del naturalista más productivo del siglo, José J. Triana, quien a los 46 años, prácticamente abandona la investigación botánica para ocupar el cargo de Cónsul General de Colombia en París desde 1874 hasta 1890*.

Regresemos a la SNN y a las vicisitudes de su boletín. En 1861, se publicó el segundo número de las *Contribuciones*. Incluía un artículo escrito en francés por M. L. de Geofroy, que clasificaba y describía diferentes especies de aves de la Nueva Granada. Del mismo tenor seguía uno de A. Lindig, sobre los helechos. De Liborio Zerda, sobre las mordeduras de culebra y sus contra-venenos; otra mirada al problema tratado por Vezga en la Botánica Indígena. Por último, Uricoechea presentaba su plan para un futuro trabajo sobre las minas de los Andes¹⁸.

* Santiago Díaz llamaba justamente la atención sobre este hecho en una conferencia dictada en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional en 1989.

18. *Contribuciones de Colombia de las ciencias y a las artes*. Bogotá, Imprenta del Mosaico, 1861.

La SNN no contó con apoyo oficial, y como en tantas ocasiones, la carencia de recursos económicos y la inestabilidad política —en este caso la guerra de 1860—1861—, pero primordialmente, las débiles vocaciones y orientaciones hacia las ciencias naturales, terminaron con los propósitos de continuar una sociedad para la cual aún no había espacio. La corta vida de este grupo selecto, puede servir como indicador de las dificultades y tropiezos para integrar comunidades del saber en Colombia. La precaria diferenciación de la élite que ocupaba, como en el caso de Vezga, las diferentes posiciones concebibles en los mundos de la política, la cultura, la economía y la comunidad social, implicaba muy escasa autonomía: cualquier acontecimiento, dentro del medio social y político, afectaba y podía acabar con un grupo como la SNN.

Nuevos esfuerzos se realizaron años más tarde, cuando se fundó la Sociedad de Naturalistas Colombianos, adscrita a la Universidad Nacional, que posteriormente se convirtió en la Academia de Ciencias Naturales. Sobre ésta comentaba, desde Bruselas, Ezequiel Uricoechea: “Unos siembran y otros recogen, pues los *Naturalistas* de hoy tienen el apoyo del Gobierno y son más afortunados que yo que gasté tiempo, vida y dinero para no crearme sino odio y envidias bajo la maldita administración Ospina”¹⁹. El “apoyo del gobierno” exigía la pertenencia a los círculos del poder y eventualmente obligaba a servir los intereses de tales grupos. Se garantizaba éxito transitorio a empresas cuya meta fuera constituir círculos sociales políticamente visibles y prestigiosos, que sirvieran de legitimación de las obras de gobierno, con el argumento de que eran las más conformes con el saber y la razón.

Nuevas asociaciones de naturalistas

Entre 1871 y 1873 funcionó la Academia de Ciencias Naturales, con idénticos objetivos y estructura organizativa similar a la que había tenido la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos. En 1873 se creó la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, integrada en su mayor parte por profesores de la recién creada Universidad Nacional. Años más tarde se convertiría en la Academia Nacional de Medicina.

Esta Sociedad tuvo una existencia más productiva. La *Revista Médica*, que editó de manera continua, fue órgano de comunicación para médicos y naturalistas. Al igual que Florentino Vezga, años atrás, Pedro María Ibáñez publicó, en 1882, las *Memorias para la historia de la Medicina en Santafé de Bogotá*. Una vez más se acudió a la tradición, se escribió historia para estimular sentimien-

tos de comunidad y legitimar el papel del saber en la sociedad. En la *Revista* se difundieron trabajos originales sobre diferentes cuestiones médicas, control de epidemias, campañas de vacunación, tratamiento de enfermedades, botánica terapéutica, veterinaria y agronomía. La Sociedad reunió colecciones mineralógicas y botánicas y formó un Museo Anatómico, primero de su clase en el país, que sirvió de apoyo para las cátedras universitarias.

La cobertura nacional de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales y el prestigio social de sus miembros, que por el hecho de ser médicos superaba al que pudieran tener los “naturalistas” de la SNN, permitieron que la SMCN adquiriera carácter consultivo en asuntos de salud e higiene públicas, reformas educativas, reglamentación de centros hospitalarios y supervisión de comisiones científicas. Los conceptos de la sociedad fueron tomados en cuenta en diversas oportunidades, como fue el caso, por ejemplo, de la Comisión Científica Permanente de 1881.

La Ley 59 del 11 de junio de 1881 ordenó que se creara esta Comisión con el objetivo de estudiar en todo el territorio de la República “lo concerniente a la botánica, a la geología, a la mineralogía, a la zoología, a la geografía y a la arqueología”. Se esperaba que esta Comisión coleccionara y clasificara dos grupos de muestras: una para enviar a la Exposición que debía celebrarse en 1883, en la ciudad de Nueva York, y otra para enriquecer las colecciones del Museo y la Universidad²⁰.

En el mismo año se firmó contrato con Jorge Isaacs, para desempeñar las funciones de Secretario de la Comisión, con el encargo de atender de manera especial la sección antropológica. Isaacs cumplió esmeradamente con su misión: durante un año recorrió los actuales departamentos de la Guajira, Magdalena y parte del Cesar; y como producto de sus viajes publicó un *Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena*²¹. La obra apareció en los *Anales de Instrucción Pública*, en 1884. Contenía una extensa recopilación de relatos metodológicos, el registro cuidadoso de formas lingüísticas y la meticulosa recolección de datos enográficos y arqueológicos.

Este escrito mereció ataques enconados de Miguel Antonio Caro, debido a las alusiones que el autor hacía del *Origen del hombre* de Darwin, cuando discutía las diferentes mitologías de los aborígenes. Isaacs se declaraba partidario de la teoría de la evolución, pero no parecía comprenderla bien. Era demasiado especulativo y se cuidaba poco de lanzar afirmaciones aventuradas. Para la muestra podemos transcribir una de éstas: “Tolerándolo mis lectores muy susceptibles, los partidarios de la teoría darwiniana, podríamos suponer que la figura número 12, mitad simia y de rostro muy raro, es representación de la forma que tuvo el animal, temible como se ve, que precedió al hombre en la escala de perfeccionamiento”²².

19. Robledo, comp., 1976: 48.

20. Codificación Nacional; V. 31, 83-83.

21. *Ibid.*, V. 31, 363-364.

22. *Revista Médica (Bogotá)*, 7 (79): 289-314, Dic., 1882.

Manó, que había llevado a cabo sus trabajos en la misma zona, presentó al Gobierno un informe que fue directamente remitido a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales para su evaluación. El *Informe sobre los trabajos del señor Manó presentado por la Comisión a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales*, demostraba que ya habían pasado los tiempos de aceptar, sin discusión ni réplica, los trabajos realizados por investigadores extranjeros. El *Informe* no descartaba que en el futuro se organizaran comisiones similares, pero recomendaba que éstas fueran sometidas a la vigilancia de los científicos nacionales.

El *Informe* señalaba que la Comisión Científica Permanente tenía incontables errores de clasificación botánica; los apuntes mineralógicos eran demasiado elementales y en ocasiones completamente equívocos; y por último, mostraba los defectos de las remisiones que se habían hecho sin orden, ni método, como que no iban acompañadas de las descripciones correspondientes.

El *Informe* surtió el efecto deseado: el Gobierno suspendió a Manó de su encargo, pero también puso fin a la Comisión Científica Permanente. A pesar de su nombre tan prometedor, esta empresa, llamada desde su creación a ser la sucesora de la Expedición Botánica y de la Comisión Corográfica, dejó de existir con la misma facilidad con que se creó.

La Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle

El Concordato suscrito con el Vaticano dejó a la Iglesia la vigilancia de la educación, sin otro control que el eclesiástico, y abrió el camino para que las congregaciones religiosas adquirieran papel aún más predominante en la educación media y superior. Por lo demás, los gobiernos de la Regeneración continuaron la política tradicional del partido conservador que daba prioridad a la educación media y superior y no se ocupaba en igual medida por extender la cobertura de la educación primaria.

Esta no fue orientación exclusiva del gobierno; algunas órdenes religiosas actuaron en idéntica dirección. Así, por ejemplo, la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundada en 1684 por Juan Bautista de La Salle, adelantó, en diferentes ciudades de Colombia, labor de formación secundaria de las élites, alejándose de la tarea primordial de educación de las clases populares que desarrollaba en Francia.

Los Hermanos Cristianos que llegaron al país en 1890, adquirieron notable influencia gracias a su capacidad de realizar los planes de "reforma escolar católica" del gobierno de Reyes. A comienzos de siglo, gran número de hermanos que salieron de Francia, a consecuencia de las leyes de laicización

de la enseñanza, se radicaron en Colombia. Sus novedosos métodos pedagógicos les abrieron espacio y les ganaron el prestigio que, un siglo atrás, habían tenido los Colegios de la Compañía de Jesús: los Colegios de la Salle de Bogotá y Cartagena, el de San José de Medellín y el Colegio Biffi de Barranquilla, "educaban la 'crema' de la sociedad colombiana. Además, la congregación orientaba estudiantes hacia los tres noviciados que había abierto . . . aseguraban así el reemplazo progresivo de sus miembros franceses por colombianos, convirtiéndose en la principal comunidad religiosa masculina del país"²³.

Como apoyo en su tarea de formación normalista y técnica, como encargados que fueron por el Gobierno de la Escuela Normal Central de Instituciones y del Instituto Técnico Central de Bogotá, y como sostén de su pedagogía, los Hermanos cristianos organizaron institutos de vanguardia para el adelanto de las ciencias naturales en el país.

Los naturalistas colombianos eran médicos de profesión, pero unos cuantos habían buscado el estatus superior de la medicina, sin ejercerla como actividad principal: su interés se había desplazado hacia el estudio y un tipo de investigación aficionada en áreas como botánica, zoología, entomología, bacteriología o química. Estos médicos convenientemente pertenecían a la Academia de Medicina, que defendía sus derechos gremiales y ganaba cada vez mayor prestigio en el país. Pero carecían de una asociación de carácter más estrictamente científico que los diferenciara como una élite aún más pequeña dentro del grupo de los titulados en la educación superior. Como ya se expuso, la Academia de Ciencias Naturales (1871-1873) se había convertido en la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales (1873-1890) y ésta, a su vez, en la Academia Nacional de Medicina.

El Hermano Apolinar María (Nicolás Seiller), que había llegado a Colombia en 1904, mostró capacidad de liderazgo para aglutinar en torno suyo a los dispersos naturalistas residentes en Colombia. Su iniciativa de organizar una nueva Sociedad fue bien recibida. La Sociedad de Ciencias Naturales que se fundó en 1912, dos años después tenía ya cuarenta socios de número: estudiantes del Instituto y de las carreras de medicina e ingeniería; médicos de la Academia Nacional de Medicina; ingenieros de la Sociedad de Ingenieros y clérigos naturalistas.

La Sociedad, de acuerdo con los objetivos pedagógicos de la congregación, cumplió papel de difusión de conocimientos entre los alumnos del Instituto de La Salle: jóvenes que no contaban con otro auxilio que el de su maestro y director (. . .) nos dictaba conferencias, ya sobre botánica, mineralogía o sobre cualquiera otra rama de las Ciencias Naturales, para que los socios pudiéramos ir adquiriendo, poco a poco, sin fatiga, y casi sin darnos cuenta, los principios elementales de esas cien-

23. Helg, 1987: 78-79.

cias²⁴. Esta Sociedad surgió alrededor de la docencia, igual que la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos fundada gracias al entusiasmo de los alumnos de Francisco Bayón en el Colegio de San Bartolomé y los de Ezequiel Uricoechea en el del Rosario. Estas dos asociaciones tuvieron principalmente, como las proyectadas a mediados de siglo, carácter de apoyo para la docencia. Su principal función era iniciar a un grupo de jóvenes en los métodos de las ciencias naturales y también difundir una imagen de la ciencia que la proyectaba como una actividad importante para la sociedad.

Gracias a la protección que recibió la Sociedad de parte de los conservadores José Vicente Concha y Miguel Abadía Méndez,²⁵ pudo iniciar la publicación de su órgano de difusión: *Boletín de la Sociedad de Ciencias Naturales o Boletín Científico*, en el cual, a partir de 1913, aparecieron artículos diversificados en áreas de las ciencias naturales. El *Boletín* se editó regularmente y alcanzó 110 números²⁶. Como en ocasiones anteriores la nueva Sociedad buscó su puesto en la historia con la publicación, desde el segundo número, de una breve *Reseña histórica de los estudios botánicos en Colombia*, escrita por el redactor del *Boletín*, Uldarico Téllez²⁷. La revista contó con las secciones de entomología, botánica, zoología, mineralogía y geología, paleontología y ciencias aplicadas.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas organizaron, con la colaboración de los miembros de la Sociedad, una red de herborizadores y recolectores de toda clase de especímenes; gracias a este esfuerzo conjunto se surtió el Museo de Historia Natural del Instituto de La Salle²⁸. El sueño de los criollos que trabajaron en la Expedición Botánica y que colaboraron en el *Semanario*; los esfuerzos emprendidos durante la primera administración de T.C. de Mosquera, cuando se ordenó a alcaldes y gobernadores enviar muestras mineralógicas para el Museo; las recolecciones que se hicieron durante los penosos viajes de la Comisión Corográfica; el ambicioso proyecto de la Comisión Científica Permanente, en fin, todos los planes de constituir una red que per-

mitiera, reunir la información y canalizar los trabajos dispersos de los naturalistas colombianos fue posible, gracias a la estructura organizativa de una congregación que —a diferencia de las débiles y cambiantes entidades estatales— brindó propósitos y escenarios institucionales que trascendían los compromisos, motivaciones y logros individuales.

Para 1919 el Museo ya contaba con 55.000 ejemplares de Flora y Fauna colombiana: por primera vez se tuvieron en el país colecciones que superaban el plano individual y privado; esfuerzos colectivos que permiten una acumulación institucional.²⁹

En 1929 la Sociedad cambió su nombre por el de Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales; sus secciones congregaban a los naturalistas más sobresalientes del momento:

Presidente, A.J. Peña Chavarría;

Vicepresidente, L.M. Murillo;

Secretario, Julio de Mier Restrepo;

Tesorero, A.M. Barriga Villalba.

Secciones:

Zoología y Botánica, H. Apolinar María.

Comisiones: Vertebrados, comisionado, H. Nicéforo María.

Invertebrados, comisionado, L.M. Murillo

Parasitología animal, comisionado,

César Uribe Piedrahíta;

Botánica, Comisionado, Enrique Pérez Arbeláez.

Geología y Mineralogía, Ricardo Lleras Codazzi.

Comisiones: Geología de petróleos, comisionado, Enrique Hubach; Paleontología, comisionado, Luis Uribe.

Química y Física, Jefe, Antonio M. Barriga Villalba.

Comisiones: Química biológica, comisionado, Eduardo Lleras;

Química industrial, comisionado, P. Carulla.

Comisiones Especiales: Fisiología general, comisionado, Ernesto Osorno Mesa; Biología general, comisionado Enrique Pérez Arbeláez; Medicina regional, comisionado, H. Justo Ramón; Geografía especial, comisionado, Luis Uribe.

Estas secciones se apartaban del criterio taxonómico que había articulado las de la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, y su estructuración siguió líneas de trabajo e intereses más consolidados en los titulares.

En 1928, los socios Milcíades Quintero, Luis María Murillo y Eduardo Aparicio se encargaron de elaborar una propuesta para crear sociedades corresponsales en el país, que integraran una más amplia red de recolectores y observadores. Impulsar el estudio de las ciencias naturales significaba, para los autores del proyecto, favorecer el desarrollo de las industrias, preocupación que debería ser central, dado el carácter monoexportador del país; la diver-

24. *Boletín*, 2 (5): 130-131, 1914.

25. Ellos gestionaron ante el Congreso la expedición de la ley 76 de 1912, por la cual se le concedió un auxilio anual de trescientos pesos, y la Ley 39 de 1913, que le asignó una subvención de cien pesos mensuales. *Boletín*, 4 (199): 68-69.

26. Dejó de salir cuando apareció el primer número de la *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, correspondiente a los meses de octubre a diciembre de 1936.

27. Téllez, 1913-1914.

28. Los Hermanos más activos fueron: Apolinar María, Enrique y Gaetán Estebán, en Bogotá; Nicéforo María, en Medellín, y Ariste José, en Caldas.

29. Con la excepción del herbario recolectado por Triana, que se guardó en la Biblioteca Nacional; pero éste aún era la obra de un individuo, "el herbario de Triana".

sificación de productos exportables, según los autores, surgiría del mayor conocimiento de los recursos. Al año siguiente la Sociedad envió una circular a los Gobernadores, Intendentes, Comisarios, Secretarios de Instrucción Pública, escrita en términos sencillos que ilustraban sobre las utilidades de la ciencia, con el fin de propiciar las actividades que debería realizar la Comisión Científica Nacional, reorganizada mediante la ley 123 de 1928³⁰.

Ese fermento de regionalización permitió la instalación, en 1929, de la Sociedad de Ciencias Naturales de Antioquia, correspondiente de la de Bogotá. En la Junta Directiva figuraban: Director, Joaquín Antonio Uribe; Presidente, Emilio Robledo; Vicepresidente, Clemente López Lozano; Secretaria, Fita Uribe; Tesorero, Francisco Luis Gallego³¹.

La Sociedad Colombiana brindó oportunidades de intercambio entre los científicos. Puso a su disposición un órgano de comunicación como el *Boletín* donde, sin los característicos debates pseudofilosóficos e ideológicos, se escribieron artículos que mostraban opciones de trabajo en Historia Natural y aproximaciones teóricas distintas, dentro de las perspectivas que guiaban la labor investigativa de las diferentes secciones.

La SCN tuvo una vida más estable y productiva que sus predecesoras por las siguientes razones:

En primer lugar, la SCN se vinculó a una institución que contaba con estabilidad en su políticas, no sometidas a las cambiantes adhesiones partidistas de sus miembros (como sucedió en los casos de los Colegios del Rosario y San Bartolomé: radicales durante los años del radicalismo, regeneracionistas, cuando la regeneración). Continuidad en las políticas y en los hombres que las desarrollaban, los hermanos lasallistas, para quienes su primera lealtad, y

casi la única, era hacia la institución, como es la norma en las órdenes regliosas³².

En segundo lugar, la SCN cobró vida alrededor de la docencia, una labor que se renovaba con el ciclo de la enseñanza; así, la sociedad se integró perfectamente a las políticas educativas del Instituto de la Salle: una orientación más activa hacia los asuntos de este mundo, sin dejar a un lado los principios católicos. Precisamente el tipo de formación que demandaban las élites moderadas de comienzos del siglo: una que conciliara la ética del trabajo, la búsqueda de la comprensión científica y la fé en los sabios designios del Señor. Los Hermanos encontraron entre sus fines religiosos morales y políticos, y la enseñanza de las ciencias naturales, el mismo vínculo que hallaron los naturalistas del siglo XVIII: la Sociedad era "una reunión de jóvenes deseosos de estudiar y dar a conocer para bien de su patria las admirables obras del Señor de la naturaleza"³³. El lema que presidía su revista manifestaba este espíritu: *Magna et mirabilia sunt opera tua, Domine Deus Omnipotens*.

Razón final, aunque no menos importante, de la permanencia de la Sociedad fue la estabilidad en el ambiente político nacional, que era favorable a las Escuelas Cristianas y a las tareas de la Sociedad,³⁴ que con este apoyo desarrolló más de cuatrocientas sesiones. El beneplácito del gobierno central resultó favorable a la Sociedad y fue decisivo para su continuidad: Las labores de La Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales siguieron sin interrupción hasta el año en que se "refundió" dentro de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.³⁵ Un eufemismo acuñado en la época para referirse a la supresión de la sociedad. Por supuesto, el apoyo que tanto le había servido para sobrevivir en un medio relativamente hostil a este tipo de empresas, le faltó cuando cambiaron las circunstancias políticas. La razón de su estabilidad fue también, la de su fin: sus cercanos nexos y falta de autonomía frente a los poderes políticos. La Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales se asociaba con los gobiernos conservadores —era la obra de algunas de sus figuras más conspicuas— y con el clero, como que su fundación se debía a los hermanos lasallistas. La nueva asociación, la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, era la obra liberal de la Revolución en Marcha, pero esto forma parte de otra historia.

Una vez más: ¿la ciencia para qué?

Los miembros de la Sociedad Colombiana de Ciencias comenzaban a percibir que el desarrollo de las ciencias biológicas se lograría en tanto "se conectara la labor con las necesidades nacionales",³⁶ proceso que se inició desde la creación del Ministerio de Industrias (1924), al cual se le adjuntó, como Departamento, el antiguo Ministerio de Agricultura, creado en 1913. Este tomó por su cuenta, el fomento de la investigación y desarrollo agropecuario en el país;³⁷ en el servicio científico del Mi-

30. *Boletín*, 4 (102): 140-146, 1929.

31. *Boletín*, 4 (105): 39-40, 1930.

32. Sólo tres hermanos han dirigido las actividades del Museo a lo largo de los años, así: Apolinar María (Nicolás Seiler), entre 1904 y 1949; Nicéforo María (Antoine Rouhaire Siazuede), entre 1950 y 1980 y Daniel (Julián González Patiño), entre 1980 y 1988.

33. *Boletín*, 2 (5): 130, 1914.

34. En 1914 tenía dos "socios bienhechores", el Presidente de la República, José Vicente Concha, y Miguel Abadía Méndez, que sería el último presidente de la hegemonía conservadora; contaba, además, con cuatro "socios honorarios"; entre ellos, el titular del Ministerio de Instrucción Pública, Carlos Cuervo Márquez, y el anterior ministro, Liborio Zerda.

35. La Academia fue creada por la ley 34 de 1933 y reglamentada de manera definitiva mediante el decreto 1218 de 1936. Después de tres años de funcionamiento "a prueba" fue instalada por Jorge Alvarez Lleras, el 12 de junio de 1937.

36. Las palabras son de quien tuvo papel protagónico en los desarrollos institucionales posteriores: Enrique Pérez Arbeláez.

37. Sobre éste ver el trabajo de Jesus A. Bejarano, 1985a.

nisterio de Industrias se crearon las secciones de botánica, fitopatología y entomología, que proporcionaron la base para futuros desarrollos de las Ciencias Naturales.

Durante los últimos años del siglo diecinueve y primeros del veinte, una y otra vez se abrieron sin éxito las carreras técnicas de agronomía y veterinaria. La Escuela de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional (1867—1884) se orientó principalmente hacia el estudio de aquellas materias consideradas útiles en un país agrícola y exportador de materias primas. No obstante, la Escuela sólo tituló 11 profesores de ciencias en todos esos años y se sostuvo gracias al servicio que prestaba para los estudiantes de medicina, que debían aprobar los cuatro cursos del primer año de la Escuela: clase elemental de botánica, clase elemental de zoología, química general y física matemática y médica; sin este nexo no hubiera sobrevivido, por la falta de interés que despertaban las materias científicas en el país. Las Escuelas de Agronomía y Veterinaria que se abrieron posteriormente tampoco encontraron campo abonado para echar raíces. Tantos ensayos se habían estrellado, como afirmaba lúcidamente Alejandro López, contra la inexistencia de una necesidad objetiva de ese tipo de especialistas, debido al atraso y la pobreza del sector agropecuario nacional: “Habría que producir primero el empresario que *demandara* los servicios del Agrónomo”³⁸.

Alejandro López se oponía al consenso general, establecido desde el siglo pasado, de que el camino hacia el progreso se despejaría con sólo impulsar los estudios técnicos correspondientes; en contra de tales expectativas, estos profesionales llegarían a convertirse en factor dinámico en tanto encajaran en un proceso de ascenso económico. Según este autor, la sociedad colombiana había demandado, en su orden, los servicios del sacerdote, del abogado, del médico y, más recientemente, del ingeniero civil, “sensibilizado en el manejo de los negocios” como se preparaba en la Escuela Nacional de Minas³⁹. En otras profesiones cabría generalizar lo que López afirmaba con respecto al veterinario: “con animales de precio tan reducido como los que tenemos en Colombia, todo el mundo tiende a ser su propio asegurador, dando por sentado que el valor del ganado muerto es menor que la cuenta del veterinario”⁴⁰.

Las reflexiones de Alejandro López dibujan nítidamente aspectos cruciales del panorama social colombiano que comenzaba a cambiar en 1927:

“Salvo opinión mejor fundada, creemos que el camino de nuestro progreso es el de ir llenando en todo campo la inmensa distancia entre los de arriba y los de abajo. Entre el hombre de ciencias y el trabajador; entre la clase ilustrada y la masa; entre el electorado y el elegido, media casi un abismo. Carecemos de esas gradaciones que hagan sólida nuestra organización y mantengan, por decirlo así, el contacto mental y moral, de manera que las savias espirituales circulen por capilaridad continuamente de arriba abajo, y de abajo hacia arriba. Nuestro medio manifiesta una tendencia evidente a subir demasiado a quien puede subir algo, y a bajar demasiado a quienes no triunfan en la lucha. El medio no soporta densidades medias”⁴¹.

Dentro del contexto general del desarrollo económico y social del país, en pleno siglo veinte, se reformulaban en el ámbito nacional planteamientos que habían sido definitivos para la consolidación de las revoluciones científica y técnica y democrática. Al criticar, como “índice de error nacional”, la tendencia a “aumentar la distancia entre el trabajador y la ciencia que éste ha menester, en lugar de disminuirla”, López recordaba el llamado que hiciera Francis Bacon en la Inglaterra del siglo XVII. Pero las consecuencias económicas de la ciencia, por vía de la tecnología ya no eran ilusión, como en los tiempos de Bacon, sino una realidad que parecía marginar al país de la “carrera hacia el progreso”.

Bacon había buscado que el científico se acercara al inventor para que se produjera retroalimentación entre sus saberes. En Colombia no existían aún estos papeles: ciencia y técnica venían del exterior, ambas igualmente ajenas e inadecuadas. Como objetos de importación, ciencia y técnicas continuarían extrañas a nuestra sociedad, mientras no se dieran procesos de adaptación social. López comprendía esto cuando afirmaba: “Cada vez me convenzo más de que el progreso que nos llega de fuera para ser digerido por nosotros debe sufrir un proceso de adecuación, que casi equivale a una creación”⁴².

En la tercera década del siglo veinte, las necesidades más fundamentales eran precisamente de capas medias, de “expertos en la técnica” y de investigadores que aplicaran sus conocimientos a problemas específicos de la realidad colombiana. Estas orientaciones lentamente empezaron a abrirse paso ya en los años treinta. Conectar la labor de los científicos con las necesidades nacionales fue un objetivo que empezó a abrirse camino. Como decía Alejandro López, adecuaciones técnicas e investigación científica ofrecerían estímulos y perspectivas para la originalidad, abrirían caminos para la ciencia en

38. López, 1976: 191.

39. Sobre la Escuela Nacional de Minas y su papel orientador del proceso de industrialización antioqueña, se debe consultar el libro de Alberto Mayor Mora: *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*, 1985.

40. López, 1976: 196.

41. López, 1976: 205.

42. Citado por Mayor Mora, 1985: 83.

Colombia: constituirían alternativas para que ese saber se transformara en poder.

El Ideal de la ciencia de aquellos hombres expresaba una valoración instrumental, pero una con más contenido social que permitía abrigar mayores esperanzas de institucionalizar la actividad científica, que el proyecto individual de convertir el saber en un instrumento para el ascenso personal. Las nuevas asociaciones integrarán en mayor medida el discurso de una ciencia fuertemente arraigada en el contexto nacional, un ideal que aún se muestra esquivo en Colombia.

Bibliografía

- Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año de 1821; hecha conforme a la ley 14 de 1912, por la Sala de Negocios Generales del Consejo de Estado. 1824-1955.* Bogotá, Imprenta Nacional. 34. V.
- Contribuciones de Colombia a las ciencias y a las artes. Publicadas con la cooperación de la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos. 1860-1861.* Bogotá, Imprenta de "El Mosaico", Londres, Trubner.
- Helg, Aline. 1987. *La educación en Colombia 1918-1957 Una historia social, económica y política.* Bogotá, Fondo Editorial, CEREC.
- Liceo Granadino, 1856. Colección de los trabajos de este instituto. Tomo I. Bogotá. Imp. de Ortíz y Cía.
- Reglamento del Liceo Granadino, 1856a. Panfleto del Fondo Pineda, Biblioteca Nacional de Colombia.
- López, Alejandro. 1976. *Problemas colombianos.* Bogotá, La Carreta.
- Mayor Mora, Alberto. 1985. *Ética, trabajo y productividad en Antioquia.* 2a. ed. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
- Mosquera, Tomás Cipriano de, 1852. *Memoria sobre la geografía física y política de la Nueva Granada.* New York, S.W. Benedict.
- Ospina, Pastor. 1855. *Exposición del Secretario de Estado de Despacho de Gobierno de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1855.* Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino.
- Restrepo, Gabriel. 1983. Mutis, el oráculo de este reino. In: Pinto Escobar, Polidoro y Díaz Piedrahíta, Santiago., eds. *José Celestino Mutis 1732-1982.* Bogotá, Universidad Nacional de Colombia (Biblioteca José Jerónimo Triana, No. 1).
- 1983a. La Expedición Botánica como hilo conductor de la actividad científica en Colombia. *Rev. de Planeac. y Des.* (Bogotá), 15 (1): 97-117, Enero, abril.
- 1985. La formación del espíritu científico en Colombia. *Rev. Col. Educ.* (Bogotá) (16): 33-48. II semestre.
- Restrepo, José Manuel. 1974. *Historia de la revolución de Colombia.* Medellín, Bedout. 6V.
- Restrepo Forero, Olga. 1983. *La Comisión Corográfica: avatares en la configuración del saber.* Bogotá, Tesis Sociología. Universidad Nacional de Colombia.
- 1986. El tránsito de la historia natural a la biología en Colombia, 1784-1936. *Ciencia, Tecnología y Desarrollo.* (Bogotá) 10 (3/4): 181-275. Jul./Dic.
- 1989. *La historia natural en Colombia, 1784-1986.* Bogotá, COLCIENCIAS, Instituto Caro y Cuervo. En prensa.
- Robledo, Mario Germán. ed. 1976. *Epistolario de Ezequiel Uricoechea con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro.* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. (Archivo Epistolar Colombiano, No. 10).
- Safford, Frank. 1976. *The ideal of the practical: Colombia's struggle to form a technical elite.* Austin, University of Texas Press. (Latin American Monographs, No. 39).
- Silvestre, Luis Segundo de, 1858. Proyecto sobre un instituto nacional de ciencias i Bellas artes, presentado al presidente de la Nueva Granada. Bogotá, Imp. de F. Torres Amaya.
- Sociedad de Naturalistas Neogranadinos. 1859. *Estatutos.* Bogotá.
- Soriano Lleras, Andrés. 1971. *Don José María y Don José Gerónimo Triana.* Bogotá, Editorial Kelly. (Academia Colombiana de Historia, Col. Bolsilibros No. 12).
- Téllez M., Uldarico. 1913-1914. Reseña histórica de los estudios botánicos en Colombia. *Bol. de la Soc. de Cienc. Nat. del Inst. de la Selle.* (Bogotá), 1 (1): 43-47, May., 1913; 1 (4): 106-109, Sep., 1913; 2 (7): 220, Ag., 1914.
- Uribe Uribe, Rafael. 1974. *Su pensamientos político,* (antología). Selección y prólogo de Eduardo Santa. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.
- Vezga, Florentino. 1860. *La Expedición Botánica.* Cali, Carvajal, 1971.